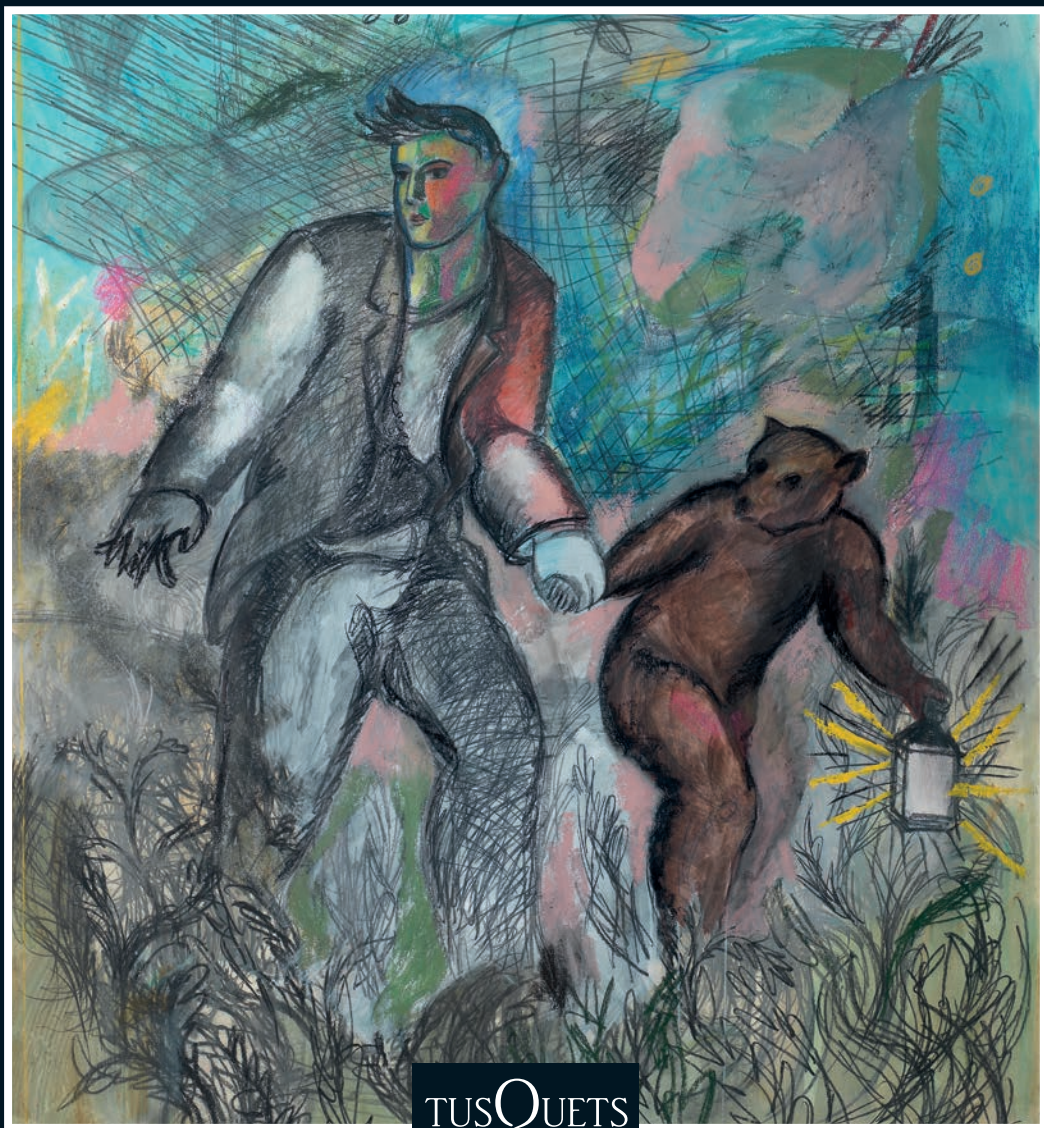


Jordi Ibáñez Fanés

# INFIERNO, PURGATORIO, PARAÍSO

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

JORDI IBÁÑEZ FANÉS  
INFIERNO, PURGATORIO, PARAÍSO

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: noviembre de 2021

© Jordi Ibáñez Fanés, 2021

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-040-9  
Depósito legal: B. 15.986-2021  
Fotocomposición: Moelmo  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

El futuro anterior . . . . .	11
Un cuento navideño . . . . .	139
Viaje a Citera . . . . .	287

Cantaba no sé qué, he olvidado lo que estaba cantando, repantigado en aquel taxi, deslizándome, fluyendo. Porque resulta que todo empieza con un viaje en taxi, o que el viaje en taxi continúa desde quién sabe qué mundo anterior. Taxista, llévame a París! ¡Llévame al cielo! O mejor: llévame al infierno. Pero antes que nada, llévame a casa de Clotas, a Bellesguard, a la plenitud, a la vida de rico, demonios, y deprisa, que me muero de hambre. Sí, todo empieza aquí. O todo empieza *así*. Entrás en un taxi y recitas la lección. Ahora, hay viajes que..., carreras que... ¿Por qué los taxistas hablan de carrera? Escuche, ¿usted qué carrera ha hecho? Mire, una carrera interminable, de forma que no querrá que le explique mi vida, ¿verdad? Pues no, gracias. Subes, entras, te adentras en el taxi. *Penetras* en él, como si fuese la cueva mágica de los viajes astrales, la cueva donde dicen que la sombra de Buda pudo verse durante siglos grabada en la pared de roca. Eres la sombra, pues. La sombra del sueño, la sombra de la sombra del espectro viajando en taxi. Sí. Lo piensas y te lo dices en secreto: me gusta esta ciudad, y me gustan los viajes en taxi, esos impulsos de semáforo en semáforo con la ventana abierta y el aire de finales de verano dándose en la cara, instalado en el asiento trasero, mentalmente ausente, perdido tras el eco de los sonidos que vuelan con la sombra de lo que se escapa para siempre, absorto en el espejo encendido del porvenir, como un crepúsculo en el retrovisor. Y sientes que el tiempo se encoge y se expande, la sístole y la

diástole del corazón del tiempo, la cordialidad universal y silenciosa, el secreto estruendoso de todas las cosas que pasan, las veloces y las lentas, las de lo visto y no visto, más las permanentes. Así se entra en el tiempo cuántico. Es decir, en el cuánto le debo. En el drama y la imposibilidad de pagar, los forcejeos y la violencia de la situación, o cómo saltar de un taxi prácticamente en marcha sin que el taxista te atrape. Un semáforo. Hay que aprovechar algún semáforo. Pero más cerca, llegando ya a mi destino. Saltar aquí sería de idiota.

—¿Ha dicho usted algo de destino? —dijo de repente el taxista.

—¿Cómo dice?

—Sí, no sé qué ha dicho de destino.

—Vaya. Pues quizá me preguntaba cuánto nos falta para llegar a mi destino.

—A su destino, dice. Tiene gracia. Claro que por lo menos usted parece un tipo feliz

—¿Yo? ¿Yo, feliz? Usted bromea.

—Mire, amigo, la felicidad ni se puede esconder ni se puede aparentar, es un chispazo en los ojos que se tiene o no se tiene. Y es evidente que usted... Oh. Se ha puesto verde.

Y arrancó. Parecía convencido de su modo de ver las cosas. Y quién sabe. Quizás un hombre visto a través del retrovisor se parecerá más al que es realmente que visto cara a cara. Pero tenía razón. Hablar de felicidad es siempre una exageración, y sin embargo yo en aquel taxi estaba a gusto, disfrutaba de una relajación total y me había sumido en un cansancio tan agradable que por mí el viaje, o la carrera, podía haber durado siempre. Me sentía sin fuerzas, pero contento. Muerto, como si dijéramos, cuando menos de cansancio. Ir a cenar a casa de Clotas y Pepe me hacía sentir eufórico. Era una alegría que me corría por dentro limpia, fresca y transparente como el agua de un torrente de alta montaña. Para alguien que transita por un camino rodeado de irrealidades, el rumor de estas aguas es como una mano amiga que te salva de las sombras. Una mano

que te dice, por ejemplo: Ve al fondo de ti mismo, pero vuelve a salir.

—Voy a casa de mi amigo y maestro Clotas —le dije al taxista—. Me esperan a cenar. Es una razón objetiva para estar contento, ¿sabe? Me esperan las crujientes tostadas con paté de olivas, la inevitable sopa de pepino con yogur y menta, el indefectible pescado al hinojo (una gran dorada, o una lubina con cara de circunstancias, probablemente), el flan encargado en el súper del barrio. Y después whisky y café con hielo. Menú de verano. ¿Pero sabe qué le digo? También es este aire, este viento en la cara.

—Ah, el viento en la cara, eso es lo mejor —respondió, y se quedó pensativo un rato.

Pero ahora que ya habíamos roto el hielo, de vez en cuando me ofrecía agua. Debía de llevar la sed grabada en la cara.

—¿No quiere beber? ¿No tiene sed? Tengo aquí un agua que... —dijo, y agitó con la mano una botella de plástico con muy mala pinta. Pensé que si bebía de aquel líquido estaba condenado sin remisión.

—Gracias. Pero ahora no.

—Es un agua muy fresca —dijo, y se echó a reír. Comenzaba a arrepentirme de haberle dado conversación.

El viaje, además, ya se me hacía largo. No diré que fuese largo, pero sí que tenía la sensación de que *era* largo. ¿Ya subíamos por...? ¿Por dónde demonios me llevaba? Quizá me estaba haciendo dar unas vueltas de más. Un pequeño sobresueldo. Una estafilla. No me importaba. Total, tampoco iba a poder pagarle. Fuésemos por donde fuésemos, todo parecía habérselo tragado una oscuridad compacta. Una sensación de guerra y destrucción flotaba en el aire. Era un extraño olor a fresas podridas, a cenizas esparcidas por el viento, a plásticos quemados. ¿Me lo imaginé, o quizá sí que en el horizonte relampagueaba?

—¿Qué es esto? ¿Tenemos fuegos artificiales o se acerca una tormenta?

Me pareció que el taxista se sonreía. Lo vi por el retrovisor. Una sonrisa que me desagradó. Era sucia e innoble. Empecé a pensar que con aquel tipo tenía que ir con cuidado.

—Quizá sea una tormenta. Típico de finales de verano —dije, tratando de comportarme como si no me hubiese dado cuenta de aquella sonrisa. Pero me temo que lo que me salió fue un gesto de falsa superioridad.

—¿Seguro que no quiere beber un poco? —insistió, agitando el botellín de agua turbia sin darse la vuelta. Pero vi que me miraba de reojo a través del retrovisor.

La sed pudo conmigo y acepté el ofrecimiento. Vertí un chorro sobre mi boca, sin tocar la botella con los labios, y dejé que el agua me chorreara por el cuello y me mojara el pecho. Aquella sensación de agua corriéndome por el cuello y el pecho me hacía sentir muy desgraciado y aliviado a la vez, y me permitía matizar o modular la alegría que había sentido poco antes. Todo a mi alrededor se puso a dar vueltas. No es que me mareara. Pero las cosas daban vueltas, era así. Después se alejaron, como si las imágenes se dispersaran y las formas se quedasen desnudas, amontonadas en un rincón. Sentí una gran paz interior y una conciencia como de redención, acompañada de un sentimiento de amor total, puro amor sin objeto, como un abrazo luminoso. No sabría decirlo de otro modo. Bajé la cabeza. La volví a levantar. Respiré. ¡Oh! ¡Pero si respiraba!

—¿No se ha acabado el mundo? —le pregunté a mi taxista. Él me miró sorprendido a través del retrovisor.

—Es que el viaje dura tanto..., tanto... Tengo la sensación de que avanzamos y no avanzamos, ¿sabe?

—¿No estará pensando que le estoy haciendo dar unas vueltas innecesarias? Que lo estoy estafando...

—Oh, no, de ningún modo. De hecho, nada me gusta tanto como que me lleven. Por mí este viaje podría durar eternamente.

El taxista se echó a reír.



—Mire, para que vea que no lo engaño, quito el taxímetro ahora mismo.

—¿Cómo que lo quita?

—Lo paro.

—¿Pero por qué? ¿Por qué hace esto?

—No se apure, hombre. En primer lugar, usted no tiene pinta de poder pagar todo el viaje. Podría pedirle que me enseñara lo que lleva en la cartera, que me pagara un anticipo, pero no lo haré. No llegaremos a estos extremos. Hay confianza. Y si no la hay, no importa.

¿Pero qué diablos me estaba diciendo aquel granuja? Me revolví un poco para poder meterme la mano en el bolsillo, toqué un papel estrujado, tiré de él y dije algo referente a unos veinte euros.

—Llevo veinte euros.

—¿Veinte duros?

—¡No! ¡Euros! ¿Quién habla de duros?

—Duros, euros... Todo rima, ¿no cree? —se rio—. Pero ya veo que usted es rico. Veinte euros, dice. Una fortuna, ya lo creo —más risitas—. Pero mire. Hoy he decidido acabar con eso. Esta es la segunda razón por la que no voy a cobrarle el viaje.

—No lo entiendo. ¿Qué dice? ¿Con qué quiere acabar?

—Le digo que este es mi último día en el taxi, el último viaje. Que se acabó, que ya no hago más de taxista. La ciudad ya no es lo que era. Me jubilo.

—¿Y por eso no me cobra? —pregunté en un tono exageradamente neutro, como si yo estuviera con la mente en otra parte, como si le enviara solo mi voz, y en representación mía, sin ser yo mismo.

—Exacto. Para celebrarlo. No hay trabajo. Usted ha sido mi primer cliente desde hacía días, y ahora será el último. Existe el cliente alfa y luego está el cliente omega. Usted ha sido el omega. Una omega algo descarriada, todo hay que decirlo —se echó a reír de nuevo—. Pero es así. Todo lo que empieza aca-

ba. Lo que era hocico acabará en la cola, y el pez se empieza a pudrir por la cabeza y al final todo es espina.

—¿Pero de qué me está hablando? —dije, ahora un poco asustado por aquel lenguaje.

—Fíjese que cuando he salido ni me he cambiado las sandalias que llevaba para ir por casa. Esa es la actitud, ya lo ve. Una mala actitud, es verdad. Aunque ojo, son unas viejas sandalias de montaña muy cómodas. Ahora no se las enseño porque no puedo dejar los pedales, que si no... Pero, de hecho, si quiere me paro un momento y me descalzo. Le diré dónde las compré...

Le aseguré que no hacía falta, que gracias.

—Sería absurdo cobrarle el viaje —dejó caer, como si con aquello estuviese todo definitivamente aclarado.

Qué me importaba a mí que fuera o no su último viaje. Y qué me importaban sus sandalias. El problema, pensé, es que el taxímetro ya se debe de haber pasado de rosca, ya debe de haber sobrepasado el número de dígitos posibles. Pero esto lo imaginé sin haber podido averiguar siquiera dónde demonios tenía aquel taxista la pantallita del taxímetro. Aunque qué me importaba a mí si detenía o no el taxímetro. Y qué me importaba a mí una cantidad de todos modos impagable. El dinero. El maldito dinero. La triste obsesión por el dinero. Me desinteresé de aquel tema. Tenía cero importancia, cero interés. Puse la mente en blanco. Me imaginé teniendo todo el dinero del mundo. Me imaginé no teniendo nada. Viviendo como un Nazarín silvestre, alimentándome de los frutos salvajes, espigando aquí y allá, viviendo de la caridad de los demás. Eso me tranquilizó.

A ratos me adormilaba.

A ratos me despertaba.

A ratos me volvía a dormir.

—Usted parece un hombre feliz, sí señor —oía que me decía el taxista, como si hubiésemos entrado en un bucle.

Yo respondía mecánicamente:

—Me esperan a cenar... Sopa tzatziki... Pescado al hinojo... Flan comprado en el súper... ¿Cómo quiere que no esté contento? Clotas... Un menú de verano, de finales de verano... La tristeza feliz de los finales de verano..., los carros de heno..., los pámpanos..., la uva... Yo en realidad odio la uva..., preferiría el flan..., qué whisky..., qué...

Divagaba cuando de repente todo empezó a tambalearse y a agitarse. Pegamos un salto y luego todo fue puro vértigo de luces de colores, de estallidos de luz y franjas deshilachadas de un resplandor que te cegaba. Sentí el abismo en la boca del estómago, luego un deslumbramiento, y después todavía otro. De golpe, la sensación plácida de flotar, y luego otra vez la suave vibración portante del coche.

—Acabamos de esquivar un agujero negro —dijo el taxista.

Y pensé: ¿qué dice ahora este descerebrado? No fui capaz de formar un pensamiento más sofisticado. Básicamente, lo que debía de haber sucedido era que la ciudad asfaltada se había acabado y que aquel idiota me había llevado por algún trozo de camino de tierra. Con Clotas y Pepe, por cierto, dábamos largas caminatas, y una que nos gustaba mucho era ir de la casa de Clotas hasta Sant Just, hasta el famoso edificio Walden, es cierto que ahora algo destartado. Pero íbamos por arriba, por la montaña, y buscábamos el punto exacto en que de repente, después de una calle que queda cortada, la ciudad se acaba y comienza la montaña. Aquella sensación prodigiosa de discontinuidad se producía exactamente al final de una calle llamada Torrente de las Rosas. Pero ahora le quería decir al taxista que para ir a casa de Clotas no hacía falta ir campo a través ni por caminos de tierra. Nada... Nada... de... Pero la frase se me quedaba pegada en la boca.

—Hemos seguido un atajo y nos hemos ahorrado un buen trozo de camino, y también de historia, como quien se zampa el periódico del día —dijo inesperadamente el taxista—. Ahora vamos mejor, ¿no cree? A usted lo esperan a cenar. A los míos ya no les quedan ni las espinas. El hambre, la desespera-

ción... El incesto, ¿comprende? Toda esa miseria... También moral, ¿sabe? También moral...

—¿Todavía estamos en Barcelona? —pregunté, alarmado por el giro que estaba tomando la conversación—. No estaremos en Tarragona, ¿verdad? ¡O en Lérida! ¡O en Binéfar! ¡O en Barbastro! —añadí, como para reforzar mis temores ante las peores expectativas.

—Ah, ya veo que a usted le gusta bromear —dijo él, riéndose un poco. Pero a través del retrovisor vi que sus ojos centelleaban.

Intenté desconectar del maldito taxista, que ahora había puesto la radio. De hecho, la encendía y la apagaba, un poco aleatoriamente. Las voces, extrañas, graves como un suspiro de búfalo, y a ratos agudas y finas como un trino y gorjeo de pájaros, hablaban en una mezcla de catalán, castellano, inglés y una cosa indescifrable que podría perfectamente ser chino. La música era de un vanguardismo entre clásico y viejuno, lo que podría llamarse un dodecafonismo de conservatorio. Pero no quise decirlo para no ofender al taxista, y porque además parecía tratarse de una emisora popular, con unos locutores que se reían mucho entre pieza y pieza y no paraban de hacer chistes que yo no entendía, pero el taxista sí, porque él también se reía un poco y movía la cabeza, como queriendo decir: «Ay, ay, ay, esos chicos..., ¡esos sí que se las saben todas!» En cualquier caso, todos aquellos detalles, la música, el idioma extraño, la risa idiota del taxista, hacían que sintiese que el mundo se había vuelto definitivamente irreconocible para mí. Los gustos, sí, los gustos. Eso mismo. Los gustos, que lo dicen todo. Los gustos, que son lo más decisivo. Pero aunque parecía que el taxista participara de aquel humor radiofónico y del gusto dodecafónico, algo debía de superarlo o irritarlo de vez en cuando. Por eso encendía y apagaba aquella radio, a veces con demasiada brusquedad. La ponía. Se reía un poco. Meneaba la cabeza, y luego de repente, con irritación, exclamaba: «¡Siempre lo mismo!» Y la apagaba casi enfurecido. O se

reía un poco sarcásticamente. O condescendientemente. «Ah, esos chicos, esos chavales...», decía. Y en ese caso la apagaba sin brusquedad, pero con la firmeza del hombre que sabe lo que quiere y no acepta cualquier cosa a cambio. Y después de celebrar el anuncio de tal o cual pieza (a mí me parecían todas iguales), al cabo de unos compases más o menos horriblos apagaba la radio. «Es que es demasiado fuerte», decía, y no se refería al volumen, claro. Después la volvía a encender. Y la apagaba enseguida de nuevo. Aquella música lo excitaba demasiado, dijo.

—¿Es una emisora de música clásica?

—¿Clásica? No entiendo... ¿Qué quiere decir?

Lo dejé correr. Me di cuenta de que era inútil tratar de explicarme, y a mí mismo ya todo me resultaba demasiado incomprendible.

—Poco a poco va entrando, ¿no cree?

—¿Qué quiere decir? ¿Qué cosa va entrando?

—La música. A mí me hace compañía. También me excita mucho. Pero me acompaña. No la puedo tomar a grandes dosis, eso no.

Ahora venían las noticias. El taxista lo anunció:

—Las noticias. ¿Quiere que las quite?

—No, no, déjelas... Si no le importa.

—A mí me entran por una oreja y me salen por la otra. Hace mucho tiempo que no me creo nada de lo que dicen. La política..., los políticos... ¿Qué quiere que le diga?

—Claro, claro.

También aquellas noticias me resultaron totalmente ininteligibles. El idioma mismo, aquella mezcla de lenguas, me parecía la cosa más enloquecida que había oído nunca, sobre todo por la dicción rápida, como disparada con una ametralladora, y a la vez gutural y cantarina.

—¿Pero qué dicen? ¿En qué hablan? —quise saber, un poco preocupado por mi dificultad para entender las noticias. Igual era aquella emisora. O igual era yo, que estaba sordo y tonto.

—¡Vaya usted a saber! —dijo el taxista, y volvió a apagar la radio. Se debió de imaginar que no entendía *de qué* hablaban, no *en qué* hablaban.

—Un año, otro, luego tres, luego cinco, luego diez. Usted a ratos duerme y a ratos está despierto. Y los años pasan. El mundo cambia, ¿comprende? Las noticias se convierten en fragmentos de películas ya empezadas, y no se entiende nada. Es normal. Usted parece un hombre feliz. ¡Y libre! Un hombre antiguo. Un gigante un poco encogido, para disimular, eso se le nota.

—¿Un gigante, yo? —dije muy sorprendido.

¿Un gigante, yo?, pensé, y me dije que ese taxista decididamente no estaba en sus cabales.

—Usted viene de otro tiempo. Un submarinista que sale de un largo viaje por el fondo del mar. Un astronauta que vuelve del espacio. ¿Sabe qué le digo? Aprovéchelo. Intente no ponerse al día, porque el mundo se ha vuelto muy loco. Y el trabajo, la gente, la ciudad, todo se ha ido a pique. La vieja ciudad murió hace tiempo, y la nueva se deshinchó enseguida. Los chinos... Pero es mejor que no me haga hablar. De los chinos no quiero decir nada. Aunque los alemanes... ¿Qué voy a contarle de los alemanes? Y los americanos, ellos también. ¿Me comprende? Por no decir nada de los holandeses, naturalmente. O de los rusos. ¡Ah, los rusos! Aquello fue terrible. Y ahora ya no hay ciudad ni nada que se le parezca. Pero perdone. ¿No se lo he dicho? ¡No me tire de la lengua! ¡Que yo ya no hablo de política! Hace tiempo que borré la política de mi mente. Tan solo le diré, y ya le estoy diciendo demasiadas cosas, que lo que ha quedado es el envoltorio vacío de la gran mentira que nos quisieron vender aquellos sabelotodo, aquellos desaprensivos, aquellos iluminados. Lo mejor que puede decirse de ellos es que eran unos ingenuos. Esa fue la parte noble. La nobleza de los tontos. El resto, unos perfectos desaprensivos, unos insensatos, unos cínicos, unos manipuladores.

—¿Pero qué dice? ¿De quién me habla? ¿De qué mentira me está hablando?

El hombre se encogió de hombros, masculló algo y ya no dijo nada más.

Realmente, pensé, este taxista me quiere hacer creer que hemos viajado durante años. Me reí, o quizás emití un ruido que parecía una risa.

—Ah —dijo—. ¡Usted se ríe! ¿Lo ve cómo se ríe? Yo solo puedo reírme de lo mucho que nos han jodido. Es una risa amarga, ¿comprende?

Y para demostrarlo se rio un poco. Pero no me pareció que fuera una risa tan amarga como él pretendía. Era una risa más bien algo antipática, eso sí. Y pensé que ya llevaba demasiado rato en aquel maldito taxi.

—¿Dónde estamos? —quise saber—. Ya sé que no estamos en Tarragona, pero...

Se dio la vuelta.

—¿Quiere que lo lleve hasta Tarragona? Ya me lo ha dicho no sé cuántas veces... Sus indirectas me han ido llegando, se me han ido metiendo muy adentro, que lo sepa. Y ahora ya me están tocando las narices. Si quiere, vamos a Tarragona. Me lo puede decir directamente, sin subterfugios. Hábleme con franqueza y yo trataré de satisfacer sus peticiones. ¿Vamos a Tarragona? Antes ha dicho Barbastro. Como si quiere decirme Teruel, Soria, o incluso Madrid. A mí no me importa. Es mi último día. El viaje es gratis. La gasolina da igual, también la gastaré después conduciendo a solas, porque, ¿sabe?, a casa no puedo volver. No quiero volver. Allí en realidad ya no me espera nadie.

Parecía que ahora iba a ponerse a lloriquear un poco. Pasaba de la agresividad al drama con una facilidad pasmosa. Era evidente que me convenía dejar aquel taxi cuanto antes mejor.

Empezaba a tener al taxista por un loco, y encima peligroso. Opté por seguirle la corriente. Que yo admiraba y respetaba su oficio, le dije. Que era un honor para mí ser su último viajero. Halágalo, pensé, que se confíe, y a la primera de cambio saltas del coche.